

## SUBVERSION EN CEILAN

El levantamiento armado desencadenado en abril por las fuerzas de extrema izquierda del «Frente de Liberación Popular» (Janatha Vimukhti Peramuna), aparte de su intrínseca gravedad en el panorama interno de Ceilán—varios millares de seres han perecido en estas luchas fratricidas—, presenta una faceta muy interesante como es la pugna de intereses foráneos para conseguir la implantación en aquella isla paradisíaca.

Los primeros brotes de este levantamiento tuvieron lugar en Colombo el 6 de marzo, cuando varios centenares de personas—convocadas por el «Frente de la Juventud»—se manifestaban ante la embajada de los Estados Unidos protestando contra la creación de una base de telecomunicación angloamericana en la isla de Diégo Suárez, en el océano Indico. Más de cien personas escalaron los muros del edificio y lanzaron bombas en el interior del recinto diplomático. Al día siguiente, la primer ministro, Sirimavo Bandaranaike, encargaba al ejército el mantenimiento del orden al recibir informes de que el «Frente de Liberación Popular» (FLP) había ordenado a sus seguidores que se lanzasen a la insurrección. El 16 de marzo la gravedad de la situación obligaba al Gobierno a decretar el estado de urgencia después de que la policía descubriera depósitos de armas y un plan militar del FLP. Esos grupos subversivos habían comenzado a actuar en las aldeas del interior de la isla «haciendo reinar el terror y disponiéndose a sumergir el país en un baño de sangre y en el caos», según afirmaba la señora Bandaranaike en el discurso con que justificaba la proclamación de las medidas de excepción. La situación adquiría un dramático perfil el 6 de abril, cuando los revoltosos lanzaban 25 ataques contra cuarteles de la policía, patrullas del ejército y edificios gubernamentales. Los ataques eran rechazados produciendo grandes bajas a los insurrectos, y Bandaranaike declaraba fuera de la ley al FLP e implantaba el toque de queda en los distritos de Kandy, Amparai, Nuwara, Eliya, Moneragalla y Badualla. Desde

el 7 de abril las fuerzas del ejército se lanzaban a una verdadera campaña militar para combatir a las partidas rebeldes alzadas en armas en diversos lugares del país. Los insurgentes cortaban las carreteras, obstaculizaban el tráfico ferroviario y volaban puentes para dificultar el avance de las fuerzas armadas. Los comandos revolucionarios del FLP—dirigidos por Rohan Wiseweera, antiguo alumno de la Universidad Lumumba, de Moscú—demostraban un perfecto entrenamiento en la lucha guerrillera y poseían abundante armamento. Para dispersar los esfuerzos de las tropas gubernamentales, habían procedido a crear multitud de focos rebeldes en lugares estratégicos, como en las plantaciones de caucho de Polonnaruwa, en Mirigawa, en Gampaha, etc. El importante complejo textil del Thulhiriya, construido con ayuda de la Alemania oriental, era uno de los centros de la rebelión y tenía que ser bombardeado por la aviación el 8 de abril. Colombo dirigía un llamamiento urgente a los países extranjeros para que le suministrasen ayuda militar para reforzar sus fuerzas armadas, que constan de 25.000 hombres, y poder restablecer el orden. La Gran Bretaña, India y Pakistán suministraban inmediatamente helicópteros, armas ligeras y municiones a Ceilán «como país miembro de la Commonwealth», y la India ponía sus fuerzas navales para encargarse de vigilar las costas de Ceilán, por expreso encargo de la señora Bandaranaike, para evitar el envío de armas y pertrechos a los insurgentes. Aunque se carece de un balance oficial de víctimas de este estallido revolucionario, se sabe que los rebeldes del FLP han experimentado más de 2.000 muertos, y entre las tropas gubernamentales se han registrado también muchas bajas en los duros combates que prosiguieron largo tiempo, especialmente en el centro y sur de la isla contra unos efectivos rebeldes calculados en más de 80.000 hombres.

El desencadenamiento de esta masiva rebeldía sólo ha podido tener lugar con el apoyo extranjero. El armamento necesario para tan considerable masa de combatientes ha llegado a la isla procedente del extranjero y los planes de acción, así como su posterior ejecución, evidencian una mano experta en la guerra subversiva que es preciso buscar más allá de los mares.

Desde hace muchos años, Ceilán ha sido codiciada por diversas potencias en virtud de su estratégica posición en el océano Índico. Las bases navales construidas por la Gran Bretaña en Trincomali durante la etapa colonial han suscitado en otros países el deseo de utilizarlas en su propio provecho. En los últimos años, el enfrentamiento ideológico-político entre la Unión Soviética y la China Popular ha despertado en ambas potencias

una rivalidad de tipo militar, cuya consecuencia ha sido que tanto Moscú como Pekín se esfuercen en extender su influencia y su implantación en los países bañados por el océano Indico. Ya en enero de 1964 se creaba un grave enfrentamiento entre las dos facciones del Partido Comunista de Ceilán durante el Congreso celebrado en Colombo. La agencia «Nueva China» daba una reseña de las conclusiones adoptadas en el referido Congreso, señalando que la aprobación de una propuesta condenatoria «de los errores del antiguo Comité Central del Partido» implicaba la negativa de éste a seguir el «camino revisionista» que le marcaba. El Congreso elegía un nuevo CC, integrado por 35 miembros, escogidos entre «los verdaderos marxista-leninistas». En esta resolución el nuevo CC repudiaba la actitud de los comunistas cingaleses que, después de celebrarse el XXII Congreso del PC soviético, había «atacado y calumniado al partido hermano de Albania, denigrando también todas las realizaciones del camarada Stalin». «El Congreso —señalaba la resolución— saluda la heroica lucha del Partido Comunista albanés contra la campaña de intimidación de que ha sido objeto. Saluda igualmente la memoria del gran jefe del proletariado revolucionario, José Stalin, cuya obra será siempre una inspiración para todos los comunistas.» En otra resolución, el Congreso «condena las tentativas de la dirección del PC de revisar los principios fundamentales del marxismo-leninismo, abandonando su contenido revolucionario», y terminaba declarando que «el revisionismo moderno constituye actualmente el peligro principal que tiene ante sí el movimiento comunista internacional». Como resultado de ese Congreso, el PC de Ceilán quedaba escindido en dos formaciones adversarias: el PC prosoviético y el PC marxista-leninista prochino. Además existían otras agrupaciones comunistas de variado signo: el Partido trotskista (Lanka Sama Samaja), grupo disidente excluido de la IV Internacional, y el Frente de Liberación Nacional, que hemos citado como causante de la rebelión. El «Frente Unido», que, bajo la dirección de Sirimavo Bandaranaike, gobernaba Ceilán desde 1970, coaligaba el Partido de la Libertad Sri Lanka, que posee la mayoría absoluta en la Asamblea (90 escaños de los 150), el Partido trotskista y el PC prosoviético.

El PC marxista-leninista, en la oposición, extendía la agitación antiguubernamental y el FLP se preparaba desde hacía cuatro años para desencadenar la revolución armada contando con las masas estudiantiles, entre las que tenía mucho arraigo. Los grandes sindicatos, a su vez, se hallaban bajo la influencia del Partido trotskista. Pekín felicitaba reiteradamente a Co-

lombo por mantener su política de neutralidad. El 16 de marzo se filtraban informaciones de que la China Popular había efectuado gestiones discretas cerca de Ceilán para que le fuesen arrendadas las instalaciones portuarias de Trincomali, al objeto de poseer un punto de apoyo estratégico en aquella zona neurálgica del océano Indico. Ese apoyo le resultaba muy necesario para consolidar su creciente influencia en Yemen del Sur y en Tanzania, dos puntos clave en la orientación exterior china. Especial importancia tenía la base de Trincomali en momentos, como los actuales, en que la flota militar soviética ha consolidado su presencia, constantemente robustecida, en el océano Indico.

Existían rumores de que la marina china había transformado un mercante de 12.000 toneladas en estación flotante de reparación de cohetes intercontinentales. La revista *Newsweek* afirmaba que el barco, construido en Shanghai, estaba dotado de antenas de radar y de otros sistemas de detección, y estaría dispuesto para los primeros ensayos chinos de cohetes intercontinentales, esperados para principios de 1972. La revista *Time*, por el contrario, opinaba que «nada indica que China esté dispuesta a proceder a la experimentación, por encima del océano Indico, de un cohete intercontinental de un alcance de 10.000 kilómetros. Los chinos tal vez se han decidido por limitarse a los cohetes de alcance medio, relativamente poco costosos, que pueden alcanzar ciudades como Vladivostok e Irkutsk, y que serían suficientes para hacer reflexionar a los rusos antes de enviar sus tropas más allá del Ussuri o, incluso, a lanzar sus propios cohetes contra Pekín». Según esta revista, las fotografías tomadas más recientemente por los satélites americanos muestran cierto número de agujeros que los expertos consideran como silos de cohetes. «Si las estimaciones del Pentágono son correctas, Pekín podría tener una fuerza de 80 a 100 cohetes de un alcance de 1.600 kilómetros o más y ojivas de 20 kilotones, del tipo Hiroshima, profundamente enterradas en el suelo chino.» Destacaba también que la marina china poseía más de 40 submarinos ofensivos y un número creciente de patrulleros y contratorpederos armados de cohetes.

Ese vasto engranaje militar chino tiene como finalidad, no solamente la defensa del territorio nacional sino la consolidación de su zona de influencia, especialmente en Asia, tanto en el sudeste asiático como en el Yemen del Sur, donde ha consolidado su presencia. Por ello, el conseguir una base en Ceilán hubiese constituido un señalado alivio para la expansión

de sus comunicaciones militares marítimas. Pero Colombo no accedía a las propuestas de Pekín y el arriendo de Trincomali no tenía lugar.

Con sospechosa oportunidad se desencadenaba, a primeros de abril, la revuelta armada del FLP. En la preparación de este levantamiento no había intervenido la China Popular, pero sí un país muy vinculado a Pekín, Corea del Norte, que había sido reconocido diplomáticamente por Ceilán en 1970, cuando la señora Bandaranaike subió al poder, y cuya embajada en Colombo había permanecido en estrecho contacto con los conspiradores. El 15 de abril el gobierno de Ceilán declaraba «personas no gratas» a todos los miembros de dicha embajada y acusaba a Pyongyang de apoyar el movimiento armado de la isla. Se declaraba también que un barco chino había desembarcado armamento para los rebeldes y era encarcelado el jefe del PC prochino, Sanmugathesan. Esta situación colmaba de alborozo al Kremlin, que, accediendo a las peticiones de Colombo, comenzaba la inmediata entrega de helicópteros y cazas «MIG-17» para combatir la insurrección, enviando rápidamente una expedición de técnicos soviéticos encargados de la instalación de una base en el aeropuerto de la capital. La señora Bandaranaike decidía la suspensión de la construcción del *Memorial Hall Bandaranaike*, sufragado por Pekín, y en cuya construcción participaban 300 técnicos chinos. La posible implantación soviética en Ceilán suscitaba la preocupación británica. El *Daily Telegraph* escribía el 21 de abril que «el envío por la URSS de una escuadrilla de aviones «MIG» a Ceilán es tremendamente alarmante». Pero Moscú, para calmar las inquietudes, se apresuraba a declarar que esos aviones serían tripulados por pilotos cingaleses y que no aspiraba a establecerse con ninguna base propia. El 10 de mayo la señora Bandaranaike solicitaba de la URSS mayor ayuda militar. Moscú había proporcionado ya seis aviones «MIG», dos helicópteros, diez vehículos blindados, armas y municiones. Pero Colombo deseaba que se incrementaran esos suministros. El ministro de Defensa, saliendo al paso de ciertos rumores, aseguraba que «ninguna potencia extranjera ha pedido autorización para establecer bases militares en Ceilán».

A la vista de todos estos antecedentes, parece claro que Pekín había confiado en que el movimiento insurreccional del FLP se hubiese hecho cargo del poder en un rápido golpe de sorpresa, con lo que se hubiese dispuesto en Ceilán de un gobierno amigo. Los hechos no habían discurrido por ese cauce—repetiéndose el fracaso de Indonesia—, y aunque las milicias del FLP luchaban con bravura ya no podían aspirar a conseguir la victo-

ría contra las tropas gubernamentales, que habían sido reforzadas con abundante y moderno material, merced a la ayuda foránea. Poco a poco, después de cruentos combates, fueron reduciéndose los focos de insurrección y los rebeldes se fueron retirando hacia lugares de difícil accesibilidad, en los que si bien tenían mayor seguridad, se hallaban imposibilitados de atacar los centros neurálgicos de la isla. La rebelión había fracasado. Reconociendo esta realidad, a finales de mayo, Pekín —que se había mantenido discretamente en la penumbra—, optó por congraciarse con Colombo a fin de que su influencia no se disipase totalmente. El 26 de mayo el gobierno chino confirmaba la concesión a Ceilán de un préstamo a largo término sin interés por valor de 150 millones de rupias (unos 25 millones de dólares). Esta cantidad, que hubiera podido ser aplicada al desarrollo nacional, tenía que ser utilizada para reparar los daños causados por la revuelta, ya que, como reconocía la señora Bandaranaike en unas declaraciones a *Le Monde* (26 de mayo de 1971): «El coste total de los daños causados a todos los sectores de la economía no ha sido evaluado aún. Pero si se agregan las pérdidas en la producción, se puede pensar en que sobrepasará los 200 millones de rupias. Tal será la deuda de los terroristas hacia la sociedad.» En esas declaraciones, la jefe del Gobierno insistía en la neutralidad de su país: «Lo que acaba de suceder en Ceilán confirma nuestra convicción de que la no alineación es importante y debe ser mantenida.» Claro está que la situación geo-estratégica de Ceilán, en un océano donde tantas rivalidades se están desplegando, hace muy difícil conservar esa posición neutral que Sirimavo Bandaranaike defiende con tanta firmeza. La Unión Soviética había creído hallar en la revuelta una ocasión inesperada para poner pie en la isla. No lo ha conseguido de modo definitivo. Pero, habida cuenta de que el material suministrado al ejército de Ceilán es soviético, siempre cuenta a su favor la baza de que debe mantener allí una misión de expertos encargados de entrenar a los soldados ceilandeses en su manejo y conservación. Y siempre cabe esperar a que esa colaboración se profundice en el futuro.

El 25 de noviembre la señora Bandaranaike se negaba a levantar el estado de urgencia: «El restablecimiento de las libertades cívicas y la autorización para celebrar reuniones públicas no es posible en fecha inmediata, pues los jefes de los jóvenes estudiantes y trabajadores actualmente detenidos tienen muchos partidarios fuera de las cárceles.»

Con este sangriento episodio de la historia de Ceilán, el más dramático desde que, en 1948, consiguiera la independencia como Estado, se comprueba la profunda inestabilidad de aquel país. La historia de Ceilán en estos veintitrés años es una serie sucesiva de conflictos y querellas que están desgarrando el país. La inestabilidad gubernamental, los exacerbados particularismos religiosos y lingüísticos, el caos económico y la proliferación de partidos extremistas, mutuamente hostiles, son algunos de los factores que en mayor grado han contribuido al lamentable panorama que ofrece en la hora presente aquella fértil isla.

La primera característica que se advierte al examinar la trayectoria interna de Ceilán desde que adquirió la independencia es la profunda inestabilidad de los Gobiernos que allí se han sucedido. Políticos que habían conseguido un general prestigio han fracasado en plazo muy breve, tan pronto como asumían las tareas de gobierno. Así ha sucedido, últimamente, con la señora Sirimavo Bandaranaike, que, después de haber conseguido una abrumadora victoria electoral con un programa de carácter socialista, ha visto alzarse contra su Gobierno la rebelión armada de los grupos revolucionarios radicales que habían apoyado su acceso al poder.

En Ceilán resulta muy difícil hallar una fórmula de gobierno que satisfaga a sus 13 millones de habitantes, que están escindidos en nueve organizaciones políticas frecuentemente hostiles. Existen cinco formaciones políticas comunistas de diversa índole, y esta proliferación de partidos de extrema izquierda está en consonancia con la fragmentación de las restantes fuerzas políticas: el SRI Lanka, socialista moderado; el Partido Federal Unido; el Partido Nacional Unido, derechista, y el Congreso Tamil, partido de esta minoría étnica.

A estas organizaciones políticas pueden sumarse las numerosas sectas y entidades budistas que ejercen una considerable influencia. Es decir, que la extremada dispersión de las corrientes ideológicas hacen de Ceilán un campo abonado para todo tipo de inestabilidades. Después del fracaso sucesivo de los anteriores Gobiernos, el 27 de mayo de 1970 se celebraban las elecciones generales que suponían el triunfo del Frente Unido y la vuelta al poder de la señora Bandaranaike. De los 150 escaños de la Cámara, la oposición sólo conservaba 36 (17 el UNP, 13 el Partido Federal Unido, 3 el Congreso Tamil y 3 los independientes). Bandaranaike formaba un Gobierno compuesto de 21 ministros: 17 del Sri Lanka (su propio partido), 3 trotskistas y el secretario general del PC prosoviético, Keuneman, que ostenta

la cartera de la Vivienda. La entrada de este último en el Gabinete parecía indicar que se iba a acometer la reforma de las estructuras heredadas del pasado, aunque adoptando un prudente reformismo. En su mensaje, el primer ministro confirmaba que estaba resuelta a verificar la «gran revolución social» que necesitaba el país y aseguraba que su primera medida sería cumplir su promesa electoral de decretar el aumento de 1.800 gramos de la ración semanal de arroz, duplicando la que había fijado su antecesor, Senanayake. A pesar de ello, el considerable déficit presupuestario y del comercio exterior le impedían aumentar la ración de arroz y tampoco, por esa causa, podía proceder a la nacionalización de los bancos, el comercio al por mayor y algunas explotaciones de té. El hecho de que veintitrés años después de la independencia, Ceilán no haya conseguido resolver el problema fundamental que supone el autoabastecerse de arroz, el alimento básico de sus poblaciones, indica bien claramente la incapacidad de los diversos gobiernos que se han sucedido. Y esto, al propio tiempo, justifica la irritación de las masas populares, que se ven reducidas a una subalimentación y se encuentran así predispuestas a cualquier acción revolucionaria que les haga presagiar algún alivio en su ínfimo nivel de vida. Habiendo encontrado Ceilán ayudas financieras exteriores, no se justifica que, siendo un país fundamentalmente agrícola, sólo se cultive hasta el momento la cuarta parte de su extensión. Más grave aún: desde hace cincuenta años el área explotada ha aumentado tan ligeramente que, como consecuencia del incremento demográfico, hoy ha disminuido a la mitad la superficie disponible por habitante. Así se produce el hecho absurdo de que el 45 por 100 de las importaciones sean productos alimenticios, principalmente el arroz, que pueden ser obtenidos en la isla. Es comprensible el profundo malestar que esta situación ha creado en la masa campesina, gran parte de la cual carece de tierra y que contempla cómo los bonzos son los mayores terratenientes, puesto que poseen 160.000 hectáreas de las tierras más fértiles, por lo cual—debido a su influencia en el Gobierno—se paraliza toda tentativa de efectuar una imprescindible reforma agraria. Pero el problema agrícola no es el único que ensombrece el panorama económico-social, puesto que una gran parte de los ingresos deben destinarse al pago de los intereses de los empréstitos extranjeros. El déficit presupuestario crece continuamente y el desequilibrio de la balanza de pagos resulta crónico. El Gobierno, por todas estas causas, tiene un campo de acción muy limitado y sus tímidas reformas no han alcanzado la envergadura suficiente para cal-

mar a unas muchedumbres partidarias en gran número de medidas radicales. Los estudiantes especialmente se hallan exasperados ante la imposibilidad de encontrar empleos al término de sus carreras. De nada sirve que la señora Bandaranaike haya tratado de demostrar ostensiblemente su orientación ideológica izquierdista desplegando una política exterior basada en el «neutralismo activo» y el reconocimiento de los regímenes socialistas con los que Colombo no mantenía aún relaciones diplomáticas (Vietnam del Norte, Corea del Norte, Alemania oriental y el Gobierno del Vietcong), ya que estas medidas no tienen la entidad suficiente para calmar el descontento producido por el bajo nivel de vida de sus poblaciones.

Como consecuencia de estas divisiones internas y de la inestabilidad gubernamental, la codiciada isla se encuentra sometida a todo tipo de perturbaciones a las que no resultan ajenas la lucha de influencias que se despliega actualmente en el océano Indico.

JULIO COLA ALBERICH



*CRONOLOGIA*

